

¿Cuánto hemos ganado?

Araceli Damián*

La mecanización del proceso productivo se ha presentado en el capitalismo como un desarrollo que busca, en parte, aligerar la carga de trabajo, al mismo tiempo que reducir los tiempos de elaboración de los productos. La mecanización se ha relacionado también con el mejoramiento de la calidad de vida, ya que ésta permite el abaratamiento de las mercancías y, por tanto, un mayor acceso de la población a los objetos materiales socialmente producidos.

Por ejemplo, el economista Raymond Vernon, en su libro sobre el periodo de sustitución de importaciones en México apuntaba: “el nivel de vida de la población mexicana aumentó de manera sustantiva: los habitantes pobres de la ciudad y el campo pudieron usar zapatos, y las bicicletas se volvieron comunes en aquellas áreas rurales donde habían sido una rareza.

La mecanización se extendió a todos los ámbitos de nuestra vida, entre éstos el doméstico. Una cocina moderna, bien equipada, cuenta con una gran cantidad de pequeña máquinas o artefactos que supuestamente facilitan la elaboración doméstica de alimentos.

Si bien podemos encontrar infinidad de beneficios con la mecanización, pocas veces se plantean los aspectos perniciosos de ésta. Por un lado, la mecanización reduce las posibilidades de que los trabajadores puedan llevar a cabo una actividad creadora, reduciendo ésta a operaciones simples, constantes y repetitivas que limitan la reflexión y el desarrollo mental. Si suponemos que el desarrollo mental en la mayoría de los hombres está necesariamente ligado a su trabajo habitual, mientras más simple sea éste, menor será el desarrollo mental del trabajador.

Esta característica del proceso productivo en el capitalismo fue señalada tanto por Adam Smith, como por Engels (ambos citados en el libro de Gianni Toti, *Tiempo libre y explotación capitalista*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1975). El primero observaba que “el hombre que emplea su vida en ejecutar simples operaciones cuyos efectos siempre son los mismos o casi los mismos, no tiene oportunidad de ejercer su raciocinio, ni de poner en función sus propias

capacidades inventivas para buscar medios que eliminen dificultades que nunca se presentan.”

Por su parte, Engels mostraba preocupación por el fenómeno de atrofia intelectual que aquejaba al obrero industrial de su época. Afirmaba: el obrero no desarrolla una actividad que exija de él un esfuerzo de pensamiento; pero, al propio tiempo, ese tipo de trabajo le impide ocupar su mente en otras cosas. Por otra parte, ese trabajo no ofrece ningún desahogo a los músculos, a la actividad física. De modo que no es un verdadero trabajo, sino un mero aburrimiento, o sea, la cosa más mortificante y enervante que exista; el obrero de la fábrica está condenado a ver sus energías físicas e intelectuales consumirse completamente en este tedio: desde los ocho años en adelante tiene la tarea de aburrirse todo el día ... En realidad, para embrutecer a un hombre no es fácil encontrar un método mejor que el trabajo en la fábrica. El obrero que trabaja en esas condiciones no vive, es reducido a objeto”.

Pero no sólo es la actividad rutinaria la que atrofia la inteligencia humana. Los trabajadores se enfrentan con el cansancio producido por la intensificación del trabajo mismo. Al respecto, Toti cita a Pierrette Sartin quien afirmaba que el cansancio humano no ha disminuido en absoluto con la mecanización, por lo menos no en la medida que se podía esperar.

Esta autora decía: muchas son las máquinas que imponen posturas incómodas y que están mal adaptadas para los que las utilizan. A menudo son demasiado calientes, desarrollan un calor difícil de soportar, someten el cuerpo a temblores que perturban gravemente el equilibrio físico. Aun en las máquinas totalmente automatizadas, la lectura de los relojes a menudo es difícil, exige una gimnasia mental, un esfuerzo de atención que a la larga extenúa.

Por otra parte, Sartin señala: más de un obrero agrícola que trabaja con material muy moderno añora el tiempo en el cual su labor se realizaba con los caballos a un ritmo más lento; se queja del ruido, las sacudidas y el cansancio que resultan de las posturas que debe tomar para manejar las nuevas máquinas. En cuanto al cansancio nervioso (que puede llegar hasta producir lesiones orgánicas y verdaderas neurosis) está en aumento continuo.”

Muchos de estos aspectos responden a que, como plantea Toti, la mecanización, está guiada más bien por la lógica de extracción de plus-trabajo. Dado que la tasa de explotación y de ganancia dependen del plus-trabajo, en nuestra sociedad se produce un ansia ilimitada de éste.

Para consumir esa cantidad ilimitada de bienes necesitamos tiempo libre. El filósofo norteamericano Sebastian de Grazia apunta acertadamente el papel que ha tenido la industria publicitaria para promover los hábitos consumistas de esa sociedad, en detrimento de nuestro tiempo libre y nos dice: “deslumbrados por estafadores, el individuo vendió su tiempo por objetos brillantes”. Este autor también se pregunta: ¿En qué momento las personas compran y consumen?, y responde, “en su tiempo libre.”

Les deseo a todos un feliz 2007. Nos veremos en enero.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx